

Escuela, refugio de libertad

En un mundo que corre sin pausa,
donde todo se mide, se rinde, se pesa,
la escuela guarda, como un cofre secreto,
el tiempo lento,
el silencio fértil,
la palabra que se atreve a nacer.

Skliar nos habla de ese respiro:
un lugar donde lo humano resiste
al mandato de lo útil,
donde un niño puede jugar
sin que el juego deba justificar su risa.

Freire nos recuerda
que enseñar no es llenar recipientes,
sino encender la voz que nombra el mundo
y lo transforma.

Dewey, desde la orilla del pragmatismo,
imagina la escuela como un río democrático,
donde aprender es convivir,
discutir,
equivocarse juntos,
y volver a empezar.

Kaplan susurra que no hay escuela sin afecto:
que son los abrazos, las miradas,
los gestos mínimos de cuidado
los que levantan a los cuerpos cansados
y sostienen la esperanza.

La libertad en la escuela no es ausencia,
es presencia viva de humanidad.
Es un fuego frágil
que arde contra la tormenta,
un refugio donde lo pequeño
se convierte en infinito.